Destino y Voluntad

Darío Ricardo De Santiago Sasinka
Afiliación: https://www.frc.utn.edu.ar
ORCID: 0000-0002-7684-9532

Febrero 2026

Resumen

El texto sostiene que el tiempo no es un contenedor de eventos sino una dimensión virtual de transformación, por lo que solo existe ontológicamente el presente, que se actualiza de manera irreversible. La realidad se organiza en tres niveles: uno microscópico de indeterminación, uno hipercóspico dominado por la inercia de trayectorias globales y uno mesocóspico donde emerge la voluntad como capacidad de orientar posibilidades sin romper el marco del mundo. En este esquema, el azar distribuye probabilidades, el destino actúa como persistencia estructural y el libre albedrío consiste en recorrer un contorno sin guion, siendo compatible con un universo sin finalidad teleológica.

1. ¡Advertencia!

Este texto está escrito para ser pensado. Es filosofía: ontología, lógica y epistemología. Intenta explicar el universo que observamos y para el cual tendría que tener sentido el tiempo, el azar, la voluntad y el destino dentro de él.

2. El dilema del tiempo

El tiempo suele imaginarse como un lugar: una línea, un eje, una dimensión extra por la que avanzamos. Matemáticamente esta representación es correcta y útil para modelar, pero ontológicamente es engañosa.[1]

El tiempo es **una dimensión virtual**: un parámetro que mide transformación, no un continente que alberga realidades. Si fuera una dimensión real como las espaciales, todas las realidades —pasado, presente, futuro— existirían simultáneamente. Pero eso no es lo que experimentamos.[2]

El tiempo no es un espacio donde algo ocurre, sino el ritmo en el que la realidad se transforma. Esta transformación es observable porque no existe una coordenada universal de tiempo, sino que es una característica relativa de cada entidad. No transitamos el tiempo: somos transformados por él.

El pasado no existe. No está guardado en ningún sitio ni espera ser recuperado. Fue consumido para construir el presente. El futuro tampoco existe como algo ya dado. No aguarda, no está escrito, no nos espera. Es únicamente la consecuencia abierta de lo que ocurre ahora.

Ontológicamente, solo existe el presente. La realidad no se acumula ni se archiva: se actualiza, se sobrescribe sobre lo que ya existió, reutilizando sus partes, siendo un sistema conservativo en su transformación. Cada instante sustituye al anterior y lo borra. El universo no conserva copias de seguridad. Existir es sobrescribir continuamente la realidad.

Sin embargo, este presente no es homogéneo. El error más persistente es creer que toda

[1] Esta posición se opone al *eternalismo* o teoría del *universo-bloque* donde pasado, presente y futuro coexisten. Véase McTaggart [1908] para la crítica clásica, y Price [1996] para una defensa contemporánea de perspectivas atemporales.

[2] La concepción del tiempo como dimensión virtual se alinea con enfoques *presentistas* y *relacionalistas*. Compárese con Bergson [1889] sobre la duración real, y Rovelli [2017] sobre el tiempo como emergente de relaciones.

la realidad está hecha del mismo tipo de cosas, regidas por el mismo tipo de necesidad. No es así. El universo está estratificado.

3. Los tres niveles de realidad

3.1. El nivel microscópico

En el nivel más profundo, el **microscópico**, no hay voluntad ni decisión. Tampoco hay caos. Hay indeterminación: una apertura ontológica básica.[3] Antes de toda definición existen múltiples caminos posibles. Este nivel no elige, pero permite que algo nuevo pueda ocurrir, colapsándose en una única posibilidad entre tantas —esto le sonará conocido—.

Sin esta apertura, todo estaría fijado desde siempre y la historia sería una ilusión, y usted estaría leyendo este texto porque ya estaba destinado a ello y no porque eligió leerlo.

La voluntad no nace aquí. Pero sin este nivel, la voluntad sería imposible.

3.2. El nivel hipercóspico

En el extremo opuesto se encuentra lo **hipercóspico**: el dominio del orden cosmológico. Junto con el nivel mesocóspico, conforma aquello que denominamos lo macroscópico: el ámbito donde coexisten la inercia global y las dinámicas locales.[4] Allí residen las regularidades que persisten, las trayectorias robustas y continuas que dan estabilidad al conjunto.

Este nivel no es sensible a elecciones locales. No porque esté prohibido intervenir, sino porque la escala misma lo vuelve inmune. La voluntad no llega hasta aquí. No por falta de libre albedrío, sino por su alcance limitado de acción, producto de una cascada conexa de eventos.

[3]El concepto de *indeterminación ontológica* aquí empleado es más amplio que la indeterminación cuántica, aunque compatible con ella. No debe identificarse con interpretaciones particulares de la mecánica cuántica.

[4]La noción de *inercia cósmica* aquí desarrollada encuentra ecos en concepciones processuales de la realidad. Véase Whitehead [1929] para una metafísica donde la persistencia emerge de la reiteración de procesos.

3.3. El nivel mesocóspico

Entre ambos extremos se abre el único territorio donde el libre albedrío puede tener sentido: el **mesocóspico**. El ámbito humano, biológico e histórico.[5] El lugar donde una diferencia mínima puede amplificarse siguiendo reglas que derivan en una cascada de acciones, una decisión, una vida —lo que da al libre albedrío su sentido.

La voluntad opera aquí. No como una fuerza misteriosa ni como una sustancia especial, sino como la capacidad de sistemas complejos para organizar la indeterminación y convertirla en dirección.[6] La voluntad no crea posibilidades nuevas. No rompe el marco. Hace algo más sutil: inclina la balanza. Decide por dónde avanzar dentro de un dominio que no eligió.

4. Azar, destino y voluntad

Aquí suele aparecer una confusión persistente: identificar azar con caos. El azar no es ausencia de estructura. Si un dado tiene seis caras, solo se puede elegir entre seis posibilidades. El azar no inventa rutas; cataliza las elecciones que permiten avanzar en una dirección u otra, pero siempre dentro de un camino establecido.

Tampoco el destino decide. El destino no es un plan, ni una finalidad, ni una causa oculta. El destino es pura inercia. Es la persistencia de una trayectoria global frente a las desviaciones locales. No empuja, no juzga, no corrige. Permanece. Define el contorno del espacio de posibilidades y restringe las rutas accesibles sin fijar cada paso.

Visto así, el devenir no es un guion escrito ni un caos imprevisible. Es un problema

[5]Esta estratificación ontológica recuerda la distinción tradicional entre niveles físico, biológico y mental, pero con un criterio diferente: no por complejidad composicional, sino por *tipo de determinación*.

[6]Esta concepción de la voluntad dialoga tanto con posiciones *libertaristas* como Kane [1996], que ven en la indeterminación la base de la libertad, como con posiciones *compatibilistas* como Dennett [2003], que enfatizan la agencia como producto de complejidad natural.

estadístico con contorno. El marco define lo posible, el azar reparte probabilidades, la voluntad sesga elecciones y la inercia hipercóspica mantiene el rumbo general.

El libre albedrío no consiste en escapar del contorno, sino en recorrerlo sin guion.[7]

5. La irreversibilidad esencial

Por eso no hay retorno. Para avanzar hacia el futuro es necesario pasar por el presente, y el presente consume irreversiblemente lo que fue. Vivir, interactuar y decidir implica pérdida. El pasado deja de existir porque ha sido usado. La irreversibilidad no es un defecto del mundo: es su condición esencial.[8]

El resultado no es un universo trágico ni uno arbitrario, sino un universo híbrido. En lo microscópico hay posibilidad. En lo hipercóspico domina la inercia. Mientras que en lo mesocóspico emerge la voluntad como una cascada de acciones disparada por el colapso de la indeterminación y restringida por la inercia macroscópica.

La voluntad no existe para torcer el orden del cosmos, sino para escribir trayectorias locales dentro de un marco estable.

6. Principio de compatibilidad ontológica

El cosmos posee una arquitectura que permite la emergencia de seres con voluntad, pero no está diseñada para ellos.[9] No hay finalidad inscrita, ni privilegio ontológico. La posibilidad de que existan agentes con libre albedrío no implica que el universo haya sido construido en función de su aparición.

Este principio resuelve la aparente paradoja de nuestra condición: somos subjetivamente significativos y, al mismo tiempo, cósmicamente insignificantes.[10] Nuestra experiencia es central para nosotros, pero marginal para la estructura del cosmos. No hay contradicción en ello.

Estamos situados dentro de un cosmos con una arquitectura determinada que, entre otras cosas, permite que surja algo como nosotros. La compatibilidad no implica intención. El hecho de que el universo admita vida, conciencia y voluntad no lo convierte en su propósito.

El destino no es una condena. Es lo que impide que todo se disuelva.

El libre albedrío no desafía al universo: emerge como parte esencial para la existencia de la vida consciente.

Referencias

Henri Bergson. *Essai sur les données immédiates de la conscience*. Alcan, 1889.

Daniel C. Dennett. *Freedom Evolves*. Viking Press, 2003.

Harry G. Frankfurt. Freedom of the will and the concept of a person. *The Journal of Philosophy*, 68(1):5–20, 1971.

Hans Jonas. *The Phenomenon of Life*. Harper & Row, 1966.

Robert Kane. *The Significance of Free Will*. Oxford University Press, 1996.

J. M. E. McTaggart. The unreality of time. *Mind*, 17:457–474, 1908.

Huw Price. *Time's Arrow and Archimedes' Point*. Oxford University Press, 1996.

Carlo Rovelli. *L'ordine del tempo*. Adelphi, 2017. Traducción española: *El orden del tiempo*, Anagrama, 2018.

[7] Esta formulación evita tanto el *determinismo duro* como el *libertarismo radical*. Su espíritu es afín a la posición de Frankfurt [1971], donde la libertad consiste en identificarse con los propios deseos de segundo orden, no en su origen indeterminado.

[8] La defensa de la irreversibilidad como fundamental, no derivada, se encuentra en Smolin [2013]. La posición aquí presentada es compatible, aunque con un enfoque más ontológico que cosmológico.

[9] Esta posición rechaza el *principio antrópico fuerte* mientras acepta una versión débil: ciertas características del universo hacen posible la vida, pero no la hacen necesaria ni teleológicamente orientada hacia ella.

[10] Este insight encuentra resonancia en Jonas [1966], quien explora cómo la vida emerge como *libertad dentro de la necesidad* en un cosmos no diseñado para ella.

Lee Smolin. *Time Reborn*. Houghton Mifflin Harcourt, 2013.

Alfred North Whitehead. *Process and Reality*. Macmillan, 1929.

Licencia:

Creative Commons Atribución
(CC BY 4.0)
https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/

DaDoDs
68456@metalurgica.frc.utn.edu.ar